

El racismo ilustrado o cuando se ve lo propio con ojos ajenos

Alejandro Ortiz Rescaniere

Hay varios estudiosos que afirman y denuncian que el Perú fue y es una sociedad racista; que ese es el término que califica mejor al conjunto de actitudes, prejuicios y prácticas de discriminación social que hay en el Perú, y en el conjunto de América Latina. Según estos denunciadores, el racismo a la peruana tendría los siguientes rasgos: 1. es un hecho evidente y persistente (en la práctica social y en el “imaginario”); 2. está dirigido por los blancos contra los demás colores de piel; 3. tiene componentes socioculturales y económicos; 4. las razas “discriminadas” han internalizado su supuesta inferioridad racial; y 5. muchos peruanos, sobre todo intelectuales, no admiten que haya racismo en el Perú. Para estos denunciadores, el mestizaje es una falsa alternativa; la raíz de nuestro racismo: la historia colonial. Yo pienso que en nuestros países hay distintas formas de discriminación social y cultural; y que el criterio de color de piel es uno entre otros. Me voy a permitir cuestionar los argumentos que componen su calificación y denuncia.

1. “El racismo es un hecho en el Perú”. Utilizan el mismo término para designar la discriminación que ocurre en Lousiana y en Lima. Un mismo rótulo homologa lo que rotula. Pero los denunciadores advierten el riesgo: el racismo anglosajón tiene una base material, “objetiva” (el blanco es blanco y es diferente al negro); mientras que en nuestra América no suele haber una distancia neta entre el objeto y el sujeto

del racismo; entre nosotros, la “base material” sería “objetivamente” más endeble (pues los blancos no son tan blancos, ni los indios lo son por completo); y esta debilidad se compensaría con un frondoso “imaginario”. Si es así, como también a mí me parece, nuestro “racismo” es un fenómeno discriminatorio muy distinto al anglosajón: en el Perú unos colectivos se imaginan blancos (porque, en verdad, en el Perú, más son los blancos que se creen porque parecen, se tiñen el pelo, porque hablan como “gente educada”... que los blancos con cuatro abuelos o dieciséis bisabuelos europeos) y menosprecian, segregan, a unos que califican o imaginan “cholos” o “indios”, “negros” (dudo que haya descendientes directos y totales de las ñustas del Sol o de un rey de Mandinga). Segregamos pues, según nuestra imaginación. Es una percepción circunstancial y poco clara: no hay consenso para decir que estos o aquellos sujetos son cholos, blancos o mestizos. Lo que lleva a uno de los denunciadores a afirmar que el “racismo” en el Perú es “profundamente enrevesado”. Un fenómeno tan distinto al anglosajón, ¿merece el mismo calificativo? ¿Por qué llamar racismo a nuestra peculiar y “profundamente enrevesada” manera de discriminar en la práctica y en el “imaginario?” ¿Lo que pasa en Lima es lo mismo que en Lousiana, y por lo tanto, puede llamarse igual, racismo? Los homónimos confunden; que la pluma discierna.

Los denunciantes afirman que *el indio* es una noción, una construcción social, del "imaginario" popular y de la ideología de las "clases dominantes". Si no sabemos a ciencia cierta qué es un indio, ¿cómo puede haber racismo contra algo que no se sabe qué es? ¿Se puede ser racista contra un fantasma, contra un personaje forjado por el "imaginario" de la pluma y del pueblo? Tal vez sí. Pero, entonces, ¿qué lejos estamos del racismo de los blancos contra los negros en los Estados Unidos de Norteamérica! El negro en los Estados Unidos nace y muere negro; nadie lo confunde, no es el producto de un discurso intelectual ni un simple personaje de fábula. Aunque, claro, en torno a su piel se escribe y se imagina mucho. En países como México y Perú, alguien puede nacer "indio", ser percibido o imaginado por otros como indio, y morir "blanco"; esto es, percibido o imaginado por otros como tal. Lo mismo pasa con los negros. Para un alemán, muchos peruanos distinguidos, y entonces blancos, son simplemente negros. Para nosotros, no. ¿Quién piensa que Ricardo Palma era medio zambo o mulato? ¿Nos importa mucho? ¿Fue discriminado por la "Lima racista?". Por ser un escritor famoso, el pueblo lo percibe "blanco"; igual, que a García Márquez y Miguel Ángel Asturias. ¿A quién de nosotros se le ocurre pensar que Vargas Llosa es mestizo y Arguedas también? Sólo a un anglosajón. Para nosotros, son blancos. Porque nuestra blancura no es de la piel sino una categoría sociocultural (aunque, secundariamente, la piel pueda ayudar a confirmar o modificar una condición social). Hay que desentrañar ese

imaginario, las formas de discriminación y de prejuicio social peruano, que es un complejo muy particular: ponerle la etiqueta de otros mundos sociales, no es suficiente. Al contrario, confunde en vez de aclarar. Como cuando se decretaba que el Perú era una sociedad de clases sociales, con lucha de clases y "modos de producción"; y con eso se pensaba que el asunto estaba dilucidado; era una ilusión que trajo otras ilusiones, menos académicas pero mortíferas.

Los denunciantes esgrimen recientes "evidencias" del racismo peruano: un consenso en que sí lo hay (confirmado por unas encuestas) y el escándalo periodístico producido por un local de baile "exclusivo", para jóvenes, cuyos porteros tomaron la mala costumbre de rechazar a los que les parecían cholos.

Las encuestas muestran síntomas, recogen lo que dijeron los sujetos; entre el dicho y el hecho suele haber mucho trecho (en especial cuando estamos ante un fenómeno "muy enrevesado"). Los jóvenes peruanos afirman que hay racismo. ¿Hasta qué punto su opinión refleja lo que realmente ocurre y no lo que la prensa y la escuela repiten (lo que dicen los intelectuales)? ¿Cuánto de "imaginario" reflejan esas opiniones y cuánto de práctica social? ¿Es un rebote, el eco de la pluma?

Un bar del tipo de las películas norteamericanas en Lima, ¿por qué no? En Lam, Habana de Batista se prohibía entrar a los cubanos mulatos a los bares y clubes nocturnos para turistas norteamericanos (había que acomodarse a los usos y costumbres gringas); ahora prohíben entrar a todo cubano común, blanco y de otro color, a esos mismos luga-

res. Y por eso ¿la Cuba de todas las tonalidades que van del marfil al chivillo, es racista? Claro que la parodia de tan odiosas maneras puede llevarnos a las costumbres y a terminar formando parte de uno mismo; el hábito puede llegar a hacer al monje. En eso sí estoy de acuerdo con los denunciantes, hay que combatir esos malos remedos anglosajones.

2. El “racismo peruano” está dirigido por los “blancos”, que son la clase dominante. No sé a qué blancos se refieren los denunciantes. Que den un paseo con un blanco sudafricano por Miraflores, San Isidro, la Universidad Católica; verán cómo reacciona si le dicen que son lugares donde “casi todos son blancos”. No estamos en Laponia ni en la Sajonia. No. Los “blancos” peruanos *nos imaginamos, nos percibimos* blancos, que es cosa bien distinta. Entonces, unos, que se dicen blancos, “dominan” a otros que los perciben como “indios”. ¿Dominan? No estamos tan seguros de que en el Perú de hoy un grupo de familias, con ilusión de blancura (con algo de esa tez y otro poco de tintura amarilla para el cabello), dominen a la inmensa y heterogénea mayoría que ven como “de color humilde”. El dominio supone un *ordenamiento social* aceptado, reconocido, más o menos estable; no estoy seguro de que eso ocurra entre nosotros (pero sí en la literatura). Por lo demás, que haya grupos de poder, seguro que los hay, mas no conozco su composición genética. Y no sé cuán estable y cómo es su dominio. Para estudiar el tema del poder actual, habría que contar con el concurso de estudiosos de

diferentes disciplinas y no contentarse con afirmar su existencia... blanca. Unos cuantos blancos dominando millones de indios: tal supuesto dejaría muy mal pintados a los indios, ¿les gusta el látigo? No lo creo. Las cosas son “más enrevesadas”. Si en el Perú hay unos cuantos blancos (reales o supuestos) es porque los millones de oscuros lo permiten, lo aceptan por muchas razones, sentimientos, conveniencias, gustos... En todo caso, la única amenaza de racismo en el Perú sería de los “cholos” contra los “blancos”. Al revés, solo puede haber mucho de “imaginario”, disimulo, disfraces.

3. El “racismo peruano” tiene componentes socioculturales y económicos. Es verdad que los vecinos de Monterrico tienden a ser más claros que los de Puente Piedra. Pero el color de la piel no es el criterio básico, el punto de partida de la supuesta jerarquía social peruana. Los más ligados a la cultura europea tuvieron y tienen mayores ventajas sociales que los que llegan del campo con un pobre conocimiento del castellano. Pero no es la nariz roma lo que decide que un individuo deba contentarse con habitar para siempre en tal o cual barrio de Lima. Quien logra una educación y dinero, triunfa; y sí, además, es bien parecido, de tez al gusto de las mayorías (a las peruanas les gustan los güeros), pues tendrá esas ventajas adicionales. Dos ejemplos ilustres: ¿quién segregó a Ricardo Palma por ser hijo de esclava negra? ¿Quién, a José Carlos Mariátegui por ser hijo de una “india?” No son excepciones: baste observar a nuestros congresistas (desde el punto de vista de un europeo, nues-

tros representantes son bastante morochos). Si el color de piel no es el criterio decisivo que define al individuo, no estamos ante racismo; al menos, tal como se entiende en el mundo anglosajón.

4. Las razas “discriminadas” han internalizado su supuesta inferioridad racial. Es un argumento psicológico (socorrido por los sociólogos e historiadores del “racismo peruano”). Los “oscuros” somos acomplejados; por eso aceptamos a los “blancos”; porque creemos lo que ellos creen de nosotros, que somos menos que ellos. Triste apreciación del pueblo peruano. Los siglos de marginación, explotación, segregación racial, nos habrían convencido de que los blancos son mejores que nosotros. Nos dejamos explotar por el cañón imperial, y si hay mestizaje es porque las indias fueron el botín de los ganadores. ¿Millones de indios obedecieron porque había unos cañones en manos de unos cuantos miles de españoles en un territorio más grande que toda Europa? Habría que buscar otras razones, en la cultura de la América colonial y en las culturas y sociedades indígenas. Las explicaciones fáciles son peligrosas para la ciencia y la verdad, pues encubren en vez de propiciar la indagación y la curiosidad.

A mí me gusta Miami, me encantan las rubias ¿por lo del botín inaugural? ¿Por el cañón? ¿Por qué he “internalizado” mi inferioridad histórica? Es decir, ¿los latinoamericanos somos abiertos al mundo y mestizos por-

que somos acomplejados? ¿Es convincente un tal psicoanálisis sociológico?

5. Hay peruanos, sobre todo intelectuales, que no admiten que haya racismo en el Perú. Que eso es tratar de ocultar lo evidente; es un encubrimiento, por lo tanto, peligroso; cuando lo que se debe es denunciarlo. Para denunciar hay que saber qué se denuncia. El estudioso debe investigar cómo son los fenómenos de discriminación social. En vez de apresurarse a homologar nuestros decires, fantasías, prejuicios, con el racismo mondo y lirondo, el anglosajón, ha de empezar a examinar lo dado en nuestras tierras, que es “muy enrevesado”.

A estos denunciantes no les cuadra lo del mestizaje. Sería un producto colonial, una traición a lo indio, negro, asiático. Y es que el mestizaje no se acomoda con el racismo (este rechaza lo que no es como uno; aquel es producto de lo contrario). A un oscuro le gusta lo claro: es un “acomplejado” y un “racista al revés”. Un blanco que las prefiere blancas, un moreno, las morenas: no son, entonces, “acomplejados” ni “racistas al revés”. Que cada cual siga con lo suyo, es lo correcto; pues las combinaciones –y el mestizaje de todo pelambre y gusto– son un aborto abominable del colonialismo. La república de indios, sí, o el *apartheid*, o las nacionalidades indias, *ghettos*, reducciones; juntos pero no revueltos; tal pareciera ser la aspiración de estos intelectuales que, denunciando un supuesto racismo, se diría que caen en él.